

◆ Desafíos éticos y políticos desde la globalización al pensamiento crítico latinoamericano

José Luis Rebellato

EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN Y LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL

Como bien lo expresa Hinkelammert, se trata de un proceso que pasa como un huracán por América Latina: privatizaciones, comercio mundializado, crecientes niveles de empobrecimiento y exclusión, retirada del Estado, expansión de una ética del mercado. En fin, despliegue y creciente afirmación de la hegemonía neoliberal. Con una fuerza inaudita se destruye la vida humana y la naturaleza. La ausencia de alternativas claras y viables, la oscilación de las posturas políticas que se dicen opositoras, la adhesión a criterios de eficiencia disociados de una racionalidad práctica, la necesidad de la lucha por la sobrevivencia, la afirmación de los modelos neoliberales con la certeza equivalente al pensamiento único, ha consolidado el hecho de que el neoliberalismo conforme un sentido común, naturalice la dinámica de la sociedad, penetre en el imaginario social *como* el único camino posible, como la única alternativa, como condición absoluta, como la promesa milenarista de un crecimiento económico unilineal y excluyente. La arrogancia de este anunciado "fin de la historia" y los mecanismos impuestos a nivel mundial, excluyen la posibilidad de luchar por otro mundo distinto, también de alcance planetario, pero basado en criterios de justicia y en una ética de la dignidad.

De este modo, en el neoliberalismo realmente existente, las sociedades actuales se comportan como sociedades de dos velocidades, como dos sociedades distantes una de la otra (Atilio Borón). Hay concentración de crecimiento en un sector y exclusión y empobrecimiento en sectores substantivos de la sociedad. No se trata de un ejército de reserva, sino de una masa definitivamente descartada del modelo de crecimiento, obligada a una lucha sin límite por la sobrevivencia, a la búsqueda de estrategias precarias para vivir, a la flexibilización del trabajo o al desarrollo de formas de economía paralela.

La mundialización del mercado va acompañada por una nueva polarización. La teoría de la dependencia -en su momento- criticó severamente la proposición de

que los países centrales constituían un modelo atractivo para el desarrollo humano. En la realidad Primer y Tercer Mundo se distanciaron radicalmente, pero, a la vez, el desarrollo del Primer Mundo requería de un subdesarrollo de su periferia. Hoy en día quizás deba hablarse de un Tercer Mundo en el primer Mundo y de un Primer Mundo en el Tercer Mundo. Sin embargo, desde una perspectiva global la polarización, en cuanto contraste creciente entre centros y periferia, se nos presenta como un rasgo inmanente a la expansión mundializada del capitalismo neoliberal. Se consolidan estructuras hegemónicas -en lo económico y en lo geopolítico- que configuran mecanismos de sometimiento de las periferias respecto a los centros, innovando en el terreno político e incluso en el educativo, donde se han implementado reformas coherentes con este proceso de mundialización. Es necesario reconocer la complejidad de este proceso en virtud del desarrollo de polos hegemónicos plurales y de una mundialización del modelo neoliberal. El proceso de globalización es nortecéntrico, puesto que se desarrolla en función de los intereses de las economías centrales y unipolar en virtud de la hegemonía geopolítica y estratégica logradas a partir de la caída del socialismo en los países del Este (Helio Gallardo). El conflicto Norte-Sur persiste: la polarización debe ser entendida en términos de exclusión y el crecimiento no puede separarse de formas de supuesto desarrollo sin empleo (*jobless growth*) aparecen nuevas formas de inversión del capital, puesto que cualquier actividad humana tiene que ser transformada en una esfera de inversión de capital, para que el capital especulativo pueda vivir y reproducirse. En cuanto a la extrema miseria de los países del Sur, se la suele presentar como producto de una crisis económica global que afecta a esta región del mundo en forma natural. El proceso de globalización y hegemonía neoliberal ha aumentado la vulnerabilidad de los pobres y de los países pobres.

Los modelos de crecimiento predominantes no tienen en cuenta la destrucción de la naturaleza implicada por su propuesta de crecimiento. Transformar quiere decir destruir, manipular, sin límite alguno. La eficiencia no acepta criterios valorativos, ni los criterios valorativos de la vida humana, ni los criterios valorativos de la vida de la naturaleza. El valor del medio ambiente entró en conflicto con la eficiencia económica. Ahora bien, reproducción y florecimiento de la vida humana y vida de la naturaleza son requisitos indispensables en la construcción de una sociedad justa donde todos quepan. "*En la actualidad, la exclusión de la población y la destrucción del medio ambiente van de la mano*" (HINKELAMMERT, 1997: 28). Si es cierto que la lógica del mercado excluye del poder, de la cultura y de la vida a las grandes mayorías de la humanidad, entonces, el triunfo del mercado equivale a la derrota de la vida; la proclamación del fin de la historia no es -ni más ni menos- que la proclamación de la victoria final de la muerte. El neoliberalismo realmente existente nos enfrenta duramente a la contradicción capital-vida, inherente a la lógica de un capitalismo de mercado.

Los modelos neoliberales se presentan como compactos -aun cuando existan distanciamientos más o menos heterodoxos-, con una sólida coherencia interna. El neoliberalismo no es sólo una estrategia y un modelo de carácter económico, sino que es también una visión ideológica que se manifiesta en la política, las políticas

sociales, la cultura, la educación y la vida cotidiana; en estos terrenos ha librado una batalla coherente y penetrante y se ha asentado con tanta fuerza como en el terreno económico; ha logrado configurar los valores de la competencia y de la desigualdad social en el imaginario social. Se trata de un modelo y una concepción que afirma que el mercado debe ser dejado en libertad total en su funcionamiento, puesto que responde al desarrollo normal y evolutivo de la cultura de la humanidad. Hay una justificación dogmática de la validez indiscutible del orden espontáneo. Y esta justificación logra su expresión más contundente en el pensamiento de Hayek.

Una clave interpretativa central para la comprensión de su pensamiento radica en la categoría de orden espontáneo, a partir de la cual se generan profundas tensiones -si no contradicciones- con las organizaciones y con la misma concepción de democracia. En última instancia, la afirmación sostenida del orden espontáneo resulta ser incompatible con el funcionamiento de una democracia, aún representativa. Según Hayek, el orden espontáneo es resultado de la auto-coordinación entre actores que persiguen fines pero que ni tienen intencionalidades ni deben hacer un esfuerzo deliberado para producir dicho orden. Se trata de órdenes considerados por Hayek como abstractos en tanto su complejidad es tal que una mente humana no puede dominar. Dicho carácter abstracto se debe a que, aún cambiando los elementos concretos que lo integran, el orden permanece. Lo único necesario para que sobreviva es que se mantenga una determinada estructura de relaciones. Son órdenes que implican un elevado componente normativo, pues sus miembros coordinan las actividades siguiendo ciertas normas en las respuestas al medio que los rodea. El orden es asegurado por la sumisión a disposiciones normativas y la selección de dichas normas está guiada por las características del orden existente. La sociedad sólo puede subsistir si por los procesos de selección surgen normas capaces de inducir a los individuos a comportarse según esquemas compatibles con la convivencia social. La selección opera orientada por las características del orden existente. A las Ciencias Sociales compete la tarea de descubrir cuáles son las estructuras ordenadas, que no pueden captarse por medio de los sentidos y que sustentan el desarrollo de órdenes espontáneos, tales como el mercado. Los órdenes normativos y sistémicos autorregulados conjugan la pluralidad de finalidades, operando como sustitutos de la legitimidad requerida por una racionalidad práctica. Se trata de investigar -según Hayek- por qué la gente se niega a admitir un orden que no es fruto de creación por parte del ser humano. La principal razón estriba en que los órdenes naturales, tales como el del mercado, no pueden ser captados por nuestros sentidos, sino que sólo cabe descubrir su existencia por vía del intelecto; es preciso aprehender las relaciones que entrelazan entre sí sus distintos componentes.

En síntesis, una ética del mercado es una ética del orden espontáneo al cual es preciso adherir, someterse; una ética que milagrosamente conjuga la pluralidad divergente, homogeneizándola y hegemonizándola. Este naturalismo científicista necesariamente se articula con una concepción instrumentalista de las ciencias, donde la eficacia resulta de la relación de medios en forma adecuada para la obtención de fines que se encuentran fuera de nuestra deliberación. Al reducir la

racionalidad a razón instrumental, la ética del mercado debe exigir una racionalidad práctica sin autonomía. El reconocimiento de una lógica propia de la razón práctica supondría la elaboración de categorías que, en última instancia, operarían sobre el mercado y requerirían el cuestionamiento de su supuesta autonomía. Con la sacralización del mercado y con su expansión a nivel mundial, se están gestando condiciones para la implementación de modelos con intencionalidad totalitaria, por primera vez con un alcance planetario. Modelos en los cuales se cristaliza la exclusión, la diversidad es neutralizada por la hegemonía del mercado, la democracia pierde su vigencia como aprendizaje y ejercicio efectivo de ciudadanía. El supuesto mundo feliz del capitalismo mundial resulta profundamente antidemocrático. Un modelo inspirado en una ética del orden espontáneo, que exalta los valores de la competencia, del pensamiento único y que identifica el espacio público con orden evolutivo y participación ciudadana con privatismo y alejamiento del espacio colectivo, es la expresión de una crisis radical de civilización.

Retomando la senda de los análisis de Habermas en relación a las patologías de la comunicación, resultado de la colonización del mundo de la vida por parte del sistema, es posible señalar el desarrollo de nuevas patologías estrechamente ligadas a esta crisis de civilización. Los procesos de exclusión generan una subjetividad de competencia. Los individuos necesitan prepararse en todos los terrenos para competir y triunfar sobre los otros; los otros valen en cuanto actores con quienes se puede y debe competir. Esta dinámica de competencia se expresa subjetivamente en términos de terror a la exclusión. Este nuevo fenómeno que se ha instalado se manifiesta en el miedo de quien teniendo empleo puede perderlo, de quien habiéndolo perdido teme no encontrar jamás otro, miedo de quien empieza a buscar empleo sin encontrarlo, miedo de estigmatización social. Lo que se traduce en patologías constituidas por la disociación de vivir bajo la sensación de lo peor, con el consiguiente debilitamiento de los lazos sociales. Dichas patologías afectan profundamente la subjetividad y la identidad; la sociedad del espectáculo genera conductas masivas y contemplativas, así como también aislamiento y soledad; la sociedad de las imágenes conduce a un exceso de información y excitación que desencadena un fenómeno de sobresaturación del yo; la sociedad del cálculo genera una superficialidad en los afectos y la ausencia de un compromiso emocional; la sociedad de la eficacia, desemboca en subjetividades constituidas sobre la base de la compulsión a hacer y de la angustia por triunfar; la sociedad del valor de cambio produce una postura consumista, exacerbada por los medios masivos de comunicación, generadores de profundas frustraciones en los estratos sociales más empobrecidos.

ALGUNAS TAREAS DE UNA TEORÍA CRÍTICO-EMANCIPATORIAL, DESDE AMÉRICA LATINA

Aún cuando pueda parecer paradójico, creo que es preciso afirmar no sólo la actualidad de una teoría y de un pensamiento crítico latinoamericanos, sino la necesidad de radicalizar sus postulados. La tarea de una teoría crítica hoy es más radical que antes, en virtud de que radical es el peligro inminente de destrucción de

la vida, de la naturaleza y la creciente dificultad de superar la actual crisis de la civilización. Nos enfrentamos a la expansión de una cultura y una ética que pretenden ahogar definitivamente los potenciales emancipatorios. Sin embargo, esta tarea teórico-práctica debe ser, a la vez, profundamente innovadora, no puede desplazarse sobre el modelo de una dialéctica negativa; requiere elaborar propositivamente nuevos temas, nuevos desafíos y caminos alternativos, con resultados eficaces, pero en horizontes utópicos. Frente a la consolidación de una ética del mercado y del orden espontáneo y ante esta profunda crisis de civilización, emergen tareas urgentes para una teoría crítica, focalizadas y acotadas en esta exposición - en la dimensión ético-cultural y educativa, en una democracia integral construida desde la sociedad civil, y en la constitución de la subjetividad colectiva. Los planteos que aquí se avanzan, no desconocen, sin embargo, la prioridad de las alternativas en el terreno económico, en la medida en que sin transformación de las estructuras económicas, toda alternativa se vuelve fútil.

Se tiene la impresión que la teoría crítica latinoamericana -después de un prolongado período de desacreditación por parte del pensamiento político dominante y de búsquedas creativas- emerge hoy en día con fuerza, urgida por la necesidad de construir alternativas a la hegemonía neoliberal, en todos los terrenos. El proceso de maduración le ha permitido integrar, entre otros aspectos, el componente de incertidumbre, el reconocimiento y la defensa de la diversidad -específicamente la diversidad cultural o multiculturalidad- la importancia estratégica del espacio público y de la sociedad civil, así como la dimensión simbólico-cultural de toda acción colectiva. A la vez que se plantea también la necesidad de un pensamiento holístico; la elaboración de categorías teóricas y de estrategias prácticas que conjuguen la diversidad con la construcción de una unidad que supere la fragmentación y la desagregación producidas e impuestas desde la ideología. Neoliberal; el compromiso con una democracia, de fuerte base social y popular que, a mi entender, resulta insostenible en el marco de un capitalismo salvaje y destructor; el compromiso en la construcción de un bloque social de los movimientos que luchan por la vida y contra la dominación.

Desde esta perspectiva, no es menos significativa la tarea de plantear las preguntas que el pensamiento liberal dominante ahoga, cada vez que nos presenta el orden social como incuestionable y normal. Quizás una tarea educativa primordial consista en sacudir certezas paralizantes y relanzar las grandes preguntas sobre la vida y sobre su destrucción, así también como sobre el sentido de la historia. El pensamiento latinoamericano, el marxismo, la teología de la liberación, una educación y pedagogía liberadoras, se enfrentan hoy ante temas y situaciones novedosas, debiendo poner en discusión muchas de sus afirmaciones, pero recuperando sus intuiciones más sólidas, sobre todo aquellas ligadas a la lucha contra la opresión y las desigualdades sociales y por una sociedad y un mundo justos, donde quepan todos los mundos.

PLURALIDAD DE SUJETOS E IDENTIDADES COLECTIVAS QUE LUCHAN CONTRA FORMAS DE DOMINACIÓN Y DE DESTRUCCIÓN DE LA VIDA

Frente a una crisis de civilización, la cultura de los pueblos y de los movimientos emergentes puede estar anunciando un nuevo comienzo de la historia. El movimiento popular y los movimientos sociales aparecen y se consolidan como portadores de intereses emancipatorios. Para ello es preciso trascender la contraposición entre movimientos sociales tradicionales y nuevos movimientos sociales que caracterizó a muchos análisis en la década de los 80. No se trata de anteponer las dimensiones culturales a las luchas ligadas a la reproducción material de la vida, pues ello supondría caer en el culturalismo justificando toda forma de explotación. Se trata de articular ambas dimensiones, desarrollando una ética con un profundo contenido material. El desafío es la construcción de un bloque social que pueda revertir las bases de una sociedad con crecientes niveles de dominación y exclusión. A este respecto, es pertinente tener en cuenta que también los movimientos sociales experimentaron el impacto de la reestructuración neoliberal y en la actualidad se enfrentan: a estrategias de neutralización mediatizadas por políticas sociales compensatorias, focalizadas en los grupos más vulnerables; a la desvinculación del Estado; a las exigencias de autogestión para la sobrevivencia.

Esto requiere de una metodología que potencie la construcción de una subjetividad colectiva entendida como maduración integral de identidades. Los procesos de aprendizaje no pueden quedar atrapados en formas de racionalidad exclusivista. Será, pues, necesario replantearse la concepción del aprendizaje sólo como conocimiento racional y sólo como racionalidad instrumental y simplificadora. En los procesos de aprendizaje, que acompañan las acciones colectivas por la transformación, el descubrimiento y desarrollo de las potencialidades de los actores sociales configurará un nuevo campo de relaciones. Como lo sustenta Amartya Sen, se trata de potenciar la calidad de vida desarrollando capacidades. La capacidad de una persona refleja combinaciones alternativas de los funcionamientos que ésta puede lograr. Combinación de varios quehaceres y seres, en los que la calidad de vida debe ser evaluada en términos de la capacidad para lograr funcionamientos valiosos. Claro está, la calidad de vida supone conjugar capacidades con la satisfacción de necesidades básicas y con la necesidad de reproducción de la vida. Tener en cuenta las capacidades requiere potenciar una libertad positiva, es decir, lograr que los actores sociales puedan realizar efectivamente sus metas, procurar el desarrollo de sus proyectos de vida personales y colectivos. Desde esta perspectiva, el concepto de calidad de vida exige superar todas las formas de opresión y dominación, puesto que nadie puede desarrollar sus potencialidades en tanto dominado. Las opresiones y desigualdades condicionan e influyen en las expectativas y deseos, pues es difícil desear lo que no se puede imaginar como una posibilidad.

En las condiciones actuales -destrucción de la vida operada por los modelos neoliberales- no es posible resistir sin abrir espacios alternativos. Se trata de microalternativas y microprocesos que se encaminan hacia una alternativa global, hacia un

nuevo modelo político y económico, tanto a nivel nacional, como mundial. No es posible sustraerse a la amenaza de muerte sin ir construyendo espacios autónomos, con respecto a la lógica de la sociedad capitalista, inspirados en la lógica de la solidaridad. Sin embargo, dichos espacios de autonomía serán ahogados y neutralizados por las fuerzas dominantes en tanto no se logre construir un bloque de poder popular capaz de contraponerse e incidir en relación a dicha lógica dominante. La práctica del liberalismo implica reforzar en los sectores oprimidos y postergados un profundo sentimiento de capacidad de alcanzar las cosas por sí mismos. Un proceso de recuperación de la iniciativa en la construcción de alternativas supone -por parte de los movimientos populares- construcción de poder: el poder como fuerza, como capacidad, como posibilidad real de apropiación política, económica, cultural, pero también como construcción colectiva que, en su propio proceso supone reinención de las formas y prácticas del Poder y superación de un poder dominación.

En este enfoque es pertinente el reconocimiento de las redes sociales. Las redes tienen, sin embargo, un carácter ambiguo: potencian la solidaridad, configuran una identidad, se constituyen en un referente para sus participantes. A la vez, desarrollan poderes, generan rivalidades y conflictos, enfrentan competencias. Sin embargo, se trata de transformar estas redes y estos espacios, conformándolos como redes que dan libertad, es decir como factores que potencian una identidad socio-cultural, fortalecen intercambios de comunicación, capacitan en la construcción de espacio y cultura democrática, ayudan a visualizar colectivamente la situación de exclusión, permiten construir estrategias y distribuir equitativamente las responsabilidades del poder y la decisión. La articulación de redes, la apertura a nuevos espacios, los recursos de formación, las posibilidades de intercambio, pueden facilitar una ruptura con una cultura de la desesperación y la violencia. Ofrecen nuevas posibilidades de afirmar y crear identidades autónomas.

Desarrollar y fortalecer la subjetividad, en sus múltiples formas de expresión, asumiendo el enfoque-capacidad, supone superar el nivel de percepción primaria de la diversidad cultural, detectando potencialidades. Para esto es preciso asumir una actitud metodológica que requiere trascender la miopía de lo visible, que es propia de los análisis sociales que se mantienen sólo en el nivel de los aspectos mensurables, cuantitativos y en los abordajes funcionalistas de la acción colectiva. Dicha miopía desvaloriza todos aquellos aspectos de la acción que conducen a la producción de códigos culturales. Ahora bien, la posibilidad de crear códigos culturales forma parte de las redes sumergidas propias de los movimientos sociales. Cuando un movimiento social emerge y desarrolla acciones colectivas, lo hace en nombre de los códigos culturales que fue construyendo a través de una acción cuasi oculta, menos ruidosa y difícil de medir. Numerosas investigaciones están mostrando que el análisis de estas redes sumergidas en sus períodos de latencia resulta ser esencial para identificar las continuidades en la acción colectiva. Por ello, en lugar de concebir la acción colectiva como una estructura unificada y transparente, el investigador y el educador, deberá hacerlo como quien se enfrenta a un conjunto de relaciones aún por descubrir y comprender.

VALORIZACIÓN Y RESIGNIFICACIÓN DE LA DIVERSIDAD, ASEGURANDO CONDICIONES

Hoy en día asistimos a una emergencia de la diversidad que desafía la impronta abstracta y universalista del pensamiento único. Este florecimiento y reconocimiento de la diversidad tiene que ver con la crisis de modelos basados en una visión líneal del progreso; en la superación de un paradigma de la simplificación sustentado sobre la base del pensamiento único; en el desarrollo de una cultura de la posmodernidad que exalta la pluralidad de formas de vida. Sin embargo, existe un cuarto factor que en América Latina ha desempeñado un papel fundamental en el descubrimiento y desarrollo de la diversidad; me refiero a los movimientos sociales. El movimiento ecologista, la teología de la liberación y las comunidades cristianas de base. El movimiento de educación popular y los movimientos indígenas han puesto, con fuerza, en el orden del día, no sólo el tema de la diversidad sino también el tema de las condiciones de su posibilidad. Lo que requiere de procesos socio-culturales desarrollados desde las diferencias; crecer desde las incertidumbres con un sentido profundo del límite y de lo incompleto, pero fortaleciendo valores éticos sustantivos; articular la construcción de lo nuevo con la memoria y el saber acumulado. Una pedagogía de la diversidad y una ética de la alteridad: saber escuchar, profundo respeto por los otros, disposición a construir juntos desde saberes y experiencias distintas (de-estructuración y de-construcción).

Hoy en día lo comunitario se afianza como una articulación de redes que consolidan identidades y subjetividades. El tema de la democracia tiene que ver también con la construcción de vínculos que hay que referir a valores éticos como son los de la autonomía, la solidaridad, la acción colectiva. El reconocimiento del diferente a mí se corresponde dialécticamente con el hecho de que no puedo afirmar mi identidad sin afirmar la diferencia del otro y defender ambas como una necesidad vital. La comunidad deberá pensar y construirse como elección libre, basada en la conciencia de la reciprocidad y del reconocimiento de las diferencias.

Sin embargo, no es posible el florecimiento de la diversidad en el marco de una democracia débil, de mínimos o democracias procedimentales. Y no es posible, puesto que la diversidad de formas de vida y de proyectos de vida requiere de una lucha contra la negación de dichos proyectos de vida, contra las formas de dominación y de exclusión. No hay diversidad si hay dominación. No hay diversidad si existen estructuras violentas que niegan proyectos humanos. No hay diversidad si no hay condiciones para el desarrollo de una política del reconocimiento y de la diferencia. La tolerancia, supuestamente pregonada por las democracias liberales, es una profunda intolerancia basada en la negación del otro en cuanto dominado y excluido.

DEMOCRACIA INTEGRAL CON PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Nos enfrentamos a la necesidad de construir una democracia integral potenciando la ciudadanía, los espacios públicos deben oponerse, tanto al proyecto neoliberal imperante, como también a las formas de pretendida democracia política,

donde el componente sistémico predomina sobre la iniciativa y el ejercicio del poder por los actores sociales "empowerment".

Los procesos emancipativos de construcción de poder se transforman en posibilidades de procesos de pedagogía del poder. Por constituir el poder una red de estrategias, de tácticas, de multiplicidades de discursos y saberes, puede configurar un espacio de aprendizaje. La pedagogía del poder enfrenta una cultura autoritaria, caracterizada por depositar la ciudadanía en los expertos, técnicos y políticos. Se despotencializa la figura del ciudadano, en la medida en que sus funciones son expropiadas por los expertos, quienes toman las decisiones. La cultura autoritaria, que propugna relaciones de dominación/dependencia en todos los niveles de la sociedad, penetra profundamente la vida cotidiana, las relaciones al interno de los movimientos y de los espacios territoriales. Con lo cual, una democracia integral, con fuerte base territorial y en los movimientos sociales, se vuelve escenario privilegiado para el análisis de tales relaciones y para su transformación.

Es así que los procesos de construcción de poder local -en el caso de las experiencias de gobiernos municipales con participación popular- pueden convertirse en instancias privilegiadas de educación puesto que requieren del proceso de aprendizaje, de la articulación entre las visiones sectoriales y las decisiones globales, de un compromiso efectivo de los partícipes en acercarse a quienes no están participando. El espacio territorial posee un alcance estratégico importante, ya que permite efectivizar logros concretos y visibles para la población. Se convierte en el lugar donde se establecen redes de poder, de organización, de información y de solidaridad. El espacio territorial, la ciudad, los barrios se transforman en espacios políticos. Una vez más, no es posible separar ejercicio del poder y cultura, ya que el primero supone un proceso pedagógico y la segunda la medida en que expresa las potencialidades de los ciudadanos, sustenta y refuerza su participación en la toma de decisiones.

En tal sentido no existe un modelo único de participación ni tampoco la participación comienza cuando se establecen formas de democracia participativa. Más bien se requiere una apertura hacia las formas ya existentes, una reconstrucción de las redes de comunicación, una recuperación de la historia de lucha de los barrios y de los movimientos, un fortalecimiento de la memoria histórica en sus potenciales subversivos y un conocimiento del imaginario popular, en sus múltiples prácticas, sabidurías e imágenes. Desde esta perspectiva, las nuevas corrientes que insisten en la práctica de interacción de redes sociales, señalan la necesidad de integrar tres categorías fundamentales: instituyente, instituido y transversalidad. Lo instituyente se refiere al proceso de creación, de imaginación y de construcción; es, por tanto, un concepto esencialmente dinámico. Lo instituido es obra de los procesos instituyentes; es su producto y resultado. Suele suceder que lo instituido adquiera el carácter de absoluto, neutralizando los procesos de institucionalización. Históricamente muchos procesos de cambio fueron impulsados por una lógica profundamente instituyente, pero culminaron con el predominio total de lo instituido. La tercera categoría, la transversalidad, supone una interacción máxima entre todos los niveles, en todos los espacios y en todos los sentidos.

La pedagogía del poder es también una pedagogía del conflicto, porque no existe ejercicio del poder sin emergencia de los conflictos. Estos se multiplican a todos los niveles: conflictos entre los organismos descentralizados locales y la estructura central fuertemente burocratizada; conflictos respecto a formas de ejercicio de la conducción de tipo autoritaria; conflictos entre distintos.